

## Canon: historia de un junco

Irene Vallejo

### 41

Esta historia empieza en los cañaverales de un río que espejea bajo el sol, en latitudes orientales casi desnudas de arbolado. El agua lame las riberas húmedas, donde nace una vegetación enmarañada, los grillos cantan obstinados y brilla el vuelo azul de los caballitos del diablo. Al amanecer, un cazador que acecha a sus presas junto al ribazo escucha los chapoteos débiles del agua y el crujido de los carrizos movidos por la brisa.

En un lugar así crecían, erguidos como cipreses, los tallos de las cañas orientales (*Arundo donax*). El nombre de esta especie contiene una raíz semítica muy antigua (en lengua asirio-babilonia, *qanu*; en hebreo, *qaneh*; y en arameo, *qanjá*). De esa raíz extranjera viene el griego *canon*, que significa literalmente «recto como una caña».

¿Qué era un canon? Una vara de medir. Los albañiles y los constructores antiguos llamaban de esa forma a unos sencillos listones de madera que servían para trazar líneas rectas y fijar con precisión tamaños, proporciones y escalas. En el ágora, donde los mercaderes y sus clientes discutían a gritos, acusándose mutuamente de timadores, solía haber un patrón de pesos y medidas esculpidos en piedra. Alguien rezongaba: «¡Esta pieza de tela no mide tres codos; borracho, cara de perro, vas a ser mi ruina!». Y el interpelado aullaba: «Muerto de hambre, hogar de todas las pulgas, ¿y tú te atreves a acusarme de ladrón?». Ante los cánones — antecedentes de nuestro metro de platino iridiado— se solventaban la mayoría de las broncas y regateos de nuestros antepasados griegos. En un salto hacia la abstracción, el escultor Policleto tituló *Kanón* su tratado sobre las proporciones físicas ideales. La figura humana perfecta mide, afirmó, siete veces el tamaño de la cabeza. Parece que su escultura el *Doríforo* ejemplificaba esas medidas masculinas deseables —e inauguró la dictadura de la imagen: los jóvenes se atormentaban en el *gymnásion* soñando con esculpir su cuerpo a imagen y semejanza de ese modelo de mármol—.

Nuestra humilde caña llegó, a través de Aristóteles, al alejado terreno de la ética. El filósofo escribió que la norma de acción —el canon moral— no debían ser las ideas absolutas y eternas de Platón, sino «la forma de comportarse de un hombre honrado y cabal». Esta receta aristotélica para resolver dilemas de conciencia me recuerda a una frase de Cary Grant en la película *Vivir para gozar*: «Cuando estoy en un apuro, me pregunto:

¿qué haría la General Motors en mi situación? Y hago lo contrario». Por arcaico que pueda parecer, todavía nuestro Código Civil nos exige asumir nuestras obligaciones «con la diligencia de un buen padre de familia».

Las listas de los mejores escritores y las mejores obras nunca se llamaron cánones en tiempos de los griegos y romanos. ¿Cómo hemos llegado a nuestro controvertido concepto de «canon literario»? A través del filtro cristiano. En medio de agitadas discusiones sobre la autenticidad de los relatos evangélicos, las autoridades eclesiásticas fueron perfilando el contenido del Nuevo Testamento: los Evangelios de san Marcos, san Mateo, san Lucas y san Juan —esos cuatro y no otros—, los Hechos de los apóstoles y las Epístolas. El debate entre comunidades cristianas que llevó a la exclusión de los textos considerados apócrifos fue largo, y muchas veces enconado. En el siglo IV, cuando el repertorio estaba ya casi cerrado, el historiador Eusebio de Cesarea llamó «canon eclesiástico» a la selección de libros que las autoridades declararon de inspiración divina y donde los creyentes podían encontrar una pauta de vida. Más de mil años más tarde, en 1768, un erudito alemán utilizó por primera vez la expresión «canon de escritores» en el sentido actual. El problema es que la palabra llegaba cargada de rasgos y connotaciones. Por la analogía bíblica, el canon literario parecía perfilarse como una jerarquía vertical, dictada por expertos, apoyada en la autoridad de un grupo de elegidos, intencionalmente cerrada, permanente e intemporal. No es extraño que, desde entonces, muchos lectores apasionados, en defensa de su libertad, hayan sentido la tentación, como Cary Grant respecto a la General Motors, de hacer —y leer— justo lo contrario.

En realidad, muchos clásicos han llegado a serlo ganando la partida a las autoridades que intentaban destruirlos. Así, por ejemplo, los libros de Ovidio vencieron a Augusto; los versos de Safo, al papa Gregorio VII. Las amenazas de Platón contra los poetas no tuvieron consecuencias, ni siquiera allí donde el filósofo tuvo influencia política. Calígula no acabó con los poemas de Homero, ni Caracalla con las obras de Aristóteles. Han sobrevivido en el canon obras consideradas heréticas y peligrosas como *De rerum natura*, de Lucrecio; *Gargantúa y Pantagruel*, de Rabelais; o las narraciones de Sade. Los nazis no consiguieron convencer al mundo de que ninguna obra escrita por judíos era valiosa.

El canon literario tiene poco en común con el religioso. El repertorio bíblico, sostenido por la fe, pretende ser inmutable; el literario no. Para este último encaja mucho mejor la imagen elegida por los romanos: el censo, una clasificación jerárquica, sí, pero constantemente actualizada. Si

puede llegar a ser una herramienta útil, es precisamente porque su flexibilidad le permite registrar los cambios. En la cultura no existen las rupturas totales, ni tampoco una continuidad absoluta. Algunas obras son mejor o peor recibidas de acuerdo con los cambios de las circunstancias históricas. Los críticos ilustrados, en su obsesión por las obras didácticas y morales, estaban mucho menos cautivados por Shakespeare que nosotros. Hoy apenas nos interesa leer sermones o discursos, que fueron géneros mayores en otras épocas. En el siglo XVIII, los intelectuales condenaron de forma bastante unánime la novela, sin sospechar su ascenso a la cumbre del canon actual. La literatura infantil no ha triunfado hasta que la infancia ha empezado a ser una etapa vital valorada —y reinventada—. Con el auge del feminismo, las novelas con heroínas perseguidas, como las que escribió en el Siglo de Oro María de Zayas, han dejado de ser consideradas curiosidades menores y han adquirido una importancia renovada. Como las empresas, algunos autores abren o cierran según los cambios de sensibilidad del público. Baltasar Gracián tuvo que esperar hasta los años noventa del siglo pasado para que los ejecutivos agresivos de los Estados Unidos y Japón convirtieran su *Arte de la prudencia* en un libro de cabecera y *best seller* internacional. Casi no se representa el teatro del flamante premio Nobel Jacinto Benavente y, en cambio, nos apasiona el de su contemporáneo Valle-Inclán, un estrafalario marginal que mantuvo una relación esquivada con el público y con el éxito. Marcial solía tener que defenderse de la acusación de escribir poemas demasiado cortos, mientras que ahora la brevedad de sus epigramas —con las dimensiones de un tuit— juega a su favor. Las novelas de caballerías, que causaron furor durante siglos, han ido quedando arrinconadas mientras se consagraba su parodia, *El Quijote*. El humor y la ironía han ganado terreno —hoy preferimos los libros ambiguos a los que intentan adoctrinarnos—.

A lo largo del tiempo han convivido numerosos cánones, con infinitas ramificaciones parciales. En casi todos los periodos, distintos críticos se enfrentan y construyen listas rivales. Los objetores siempre necesitan algo que objetar. Cada generación distingue entre el buen gusto —el mío— y la vulgaridad —la tuya—. Cada corriente literaria vacía los pedestales para aupar en ellos a sus favoritos. Al final, solo el tiempo tiene la última palabra. Cicerón creía que el innovador Catulo era un jovencito vanidoso sin una pizca de talento, y Catulo aborrecía a Julio César. Sin embargo, los tres terminaron juntos en el canon romano. Emily Dickinson publicó apenas siete poemas en vida, y sus editores consideraron necesario corregirle la sintaxis y la puntuación. André Gide

rechazó el manuscrito de Proust para la editorial Gallimard. Borges publicó en la revista *El Sur* una crítica demoledora de *Ciudadano Kane*, que más tarde negaría haber escrito.

Como todas las taxonomías, los cánones revelan mucho de quien los formula y de su época. Así, en los nombres elegidos afloran prejuicios, aspiraciones, sentimientos, ángulos ciegos, estructuras de poder y autovalidaciones. El estudio de las obras clásicas que han dejado de serlo, de aquellas que han emergido tras ser arrinconadas y de las que han mantenido de manera ininterrumpida su influjo, es decir, la historia de las metamorfosis del canon a través de los siglos, ofrece una fascinante perspectiva de nuestra vida cultural. Reconocer el contexto variable en el que suceden nuestros juicios con vocación de eternidad es un avance en la comprensión histórica, que consiste, según J. M. Coetzee, en entender el pasado como una fuerza que modela el presente. «¿Qué es lo que queda del clásico, si algo queda después de ser historizado, que pueda aún seguir hablándonos a través de las épocas?», se pregunta el escritor sudafricano. El clásico supera los límites temporales, retiene un significado para las épocas venideras, vive. Emerge indemne del proceso de ser puesto a prueba día a día. Aunque atraviere épocas oscuras, no se rompe su continuidad. Supera giros históricos, incluso sobrevive al beso de la muerte de su consagración por parte de fascismos y dictaduras. Algo nos sigue impresionando en las películas propagandísticas de Einsestein para los comunistas soviéticos, o en las de Leni Riefenstahl para los nazis.

Los estudios culturales han atacado el canon por autoritario y opresivo, y se han lanzado a proponer cánones alternativos dando protagonismo a los excluidos. El debate, iniciado en la década de los sesenta, se revitalizó a finales del siglo XX. En el contexto de un mundo académico que había tomado conciencia del multiculturalismo, el crítico norteamericano Harold Bloom, con tono elegíaco, denunció el enfoque moralizante de la que llama «escuela del resentimiento» y publicó su propia versión —descaradamente anglosajona, blanca y masculina— del canon occidental. Nunca antes había habido tantos reparos y al mismo tiempo tanta actividad canonizadora. Internet alberga infinitas listas de libros, películas y canciones. Los suplementos culturales clasifican sin cesar las novedades del año. Los premios y festivales enuncian selecciones de las mejores obras publicadas. Se editan innumerables libros titulados *Los cien mejores...* Las redes sociales acogen millones de recomendaciones compartidas por lectores expertos o *amateurs*. Detestamos las listas y, al mismo tiempo, somos adictos a ellas. Imprescindible pero imperfecto, el canon expresa

esta contradictoria pasión. Y, en medio de la inundación de libros, aflora nuestro deseo de descansar de la agitación de lo inabarcable.

Pero volvamos al cañaveral donde empezó esta larga andadura. Asomada entre los carrizos y las espadañas, con sus prietas mazorcas, pienso que hemos elegido una metáfora imperfecta. Los tallos rectos y rígidos de la junquera no evocan el sinuoso camino del canon. Sería más bien el río, que cambia, serpea, dibuja meandros, se llena y se vacía, pero sigue ahí y parece siempre el mismo que canta su inagotable estrofa, pero con distinta agua.